

Contemporánea

**JORGE
VOLPI**

El temperamento melancólico



DEBÓLSILLO



Contemporánea

Jorge Volpi
El temperamento melancólico

DEBOLS!LLO

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleermex



@megustaleermex

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*La Melencolia, songeant à ce mystère, Qui fait
que tout ici s'en retourne au néant, Et qu'il
n'est nulle part de ferme monument, Et qu
partout nos pieds heurtent un cimetière, Se
dit: Oh! puisque tout se doit anéantir, Que
sert donc de créer sans fin et de bâtir?*

HENRI CAZALIS

Quería decir que el “yo” del actor se disuelve, se confunde con el de sus personajes. Probablemente yo no tenía ganas... de ser disuelto, creo. Había en todo eso algo que me parecía pecado. En esta sustitución algo de femenino, de apático.

ANDREI TARKOVSKI

LIBRO PRIMERO

LA CULPA

¿De qué sirve castigar cuando existe la culpa? La culpa es una pena que nos impone la propia conciencia, una mezcla de resentimiento y amargura, de miedo y frustración, una prueba implícita e inexcusable de nuestra miseria. Es mucho peor que cualquier reprimenda externa: es un arrepentimiento que se sabe imperdonable. Quizá en el último día, cuando sean juzgadas las almas y los cuerpos, sea lo único que reciban los condenados. Una culpa eterna, insondable, merecida.

Así nos decía la abuela a mi hermana y a mí cuando éramos niñas y ella se encargaba de cuidarnos por las noches. Hablaba con un tono seco y monótono, acaso reminiscencia de rezos repetidos desde temprano, mientras nos sostenía fuertemente del brazo al encontrar algún destrozo o descubrírnos peleando. Nunca nos golpeaba o nos gritaba como hacían los padres de mis compañeras: la abuela se limitaba a introducir en nosotras un miedo —una conciencia del bien, diríamos ahora— capaz de lograr que fuésemos nosotras mismas las encargadas de reprimir la desobediencia. Este método resultó sumamente eficaz y aún ahora no he podido librarme de él sino apenas reconocerlo gracias a incontables sesiones de psicoanálisis.

Yo adoraba a la abuela. Era la única imagen de autoridad que existía en la casa, y se tomaba sus atribuciones muy en serio: ya que mi madre no vigilaba el buen comportamiento moral y religioso de sus hijas, ella tenía que hacerlo. El mundo de sus regaños, sin embargo, nos parecía no sólo extravagante sino incomprensible, lleno de plegarias y genuflexiones y una serie de enseñanzas bíblicas y catequísticas que no oíamos en ninguna otra parte. Antes de comer y de dormir nos hacía persignarnos —no se valía santiguarse— y no perdía oportunidad para referirse a Dios,

a su infinita misericordia y su implacable justicia, esa especie de borrador gigantesco que algún día cancelará nuestros pecados y justificará con la santidad las tristezas terrenales.

¿Hasta dónde guardo yo todavía en alguna parte de mi cabeza aquellas imágenes increíbles? ¿Hasta dónde no serán ya componentes indispensables de mi personalidad a pesar del tiempo que ha pasado, de mi incredulidad y de mi fe perdida? A veces creo que es imposible renunciar a las historias que nos han contado durante la infancia; una continúa persiguiéndolas sin percatarse, acaso obsesionada con hallar en el mundo esas convicciones primitivas, la claridad perfecta e inalcanzable de esos recuerdos. No lo sé, extraño a la abuela y sus absurdas ideas aun cuando reconozca en ellas las porciones de mi vida que más aborrezco y más me avergüenzan. Los absolutos, la Verdad única e indiscutible, la Bondad y la Belleza me cercan por doquier; no obstante mi voluntad relativista, la apertura que busco ofrecer y la amplitud de mis gustos presentes, no dejo de advertir a cada momento la insatisfacción que me acecha al darme cuenta de que nunca alcanzaré la perfección. ¿Quién nos habrá diseñado, a mi abuela y a mí, a todos los seres humanos, con ese deseo de alcanzar estratos angélicos, de traspasar los límites de la realidad, de volvernos irremplazables?

Mi pobre abuela no sabía lo que provocaba. Su misión era crear conmigo una criatura dócil, una máquina capaz de responder eficientemente a planes preconcebidos, a órdenes indubitables provenientes de mi cerebro. Nada de impulsos irracionales, nada de sensiblerías, nada de errores: estos eran los postulados de su moral, amparada en los principios de la iglesia y las buenas costumbres. Ser recto y justo equivalía a tener un celador por dentro, el corazón como verdugo y como juez, siguiendo un solo camino, igual y evidente para todos: la virtud. Para ella, la vida era

un conjunto ordenado de acontecimientos, un orden explicado y explicable, en donde lo imprevisto solo podía identificarse con el mal, obra de demonios. El deber había sido inoculado en cada uno, y si no se le daba una prioridad incondicional, se caía en las aberraciones, en el egoísmo, la mentira y la muerte.

“¿Dónde está ese deber?”, me atrevía a preguntarle a la abuela, enfurruñada, y ella, con su voz de templo, tañida con dulzura, replicaba que el deber está inscrito en nuestro pecho, y apoyaba las manos hilosas contra el suyo, convencida de cuanto decía. Otras de las cosas que faltaban en su universo: la duda y la incertidumbre, asimiladas con la incredulidad. Creía en sus propias palabras como en las del Señor, como si Él se las hubiera dictado al oído igual que a los evangelistas y a los profetas. Esa era la estirpe a la que pertenecía: una sibila incomprendida, atada a un entorno maligno que se negaba a admitir lo obvio.

A fuerza de repetirlo, el universo de mi abuela terminó por convertirse en el mío: todo lo demás quedaba en un espacio que no me pertenecía: el del mal. Ni a mi madre ni a sus amigos ni a mis compañeros de escuela o a mis maestros, a pesar del respeto o la confianza que yo les tuviera, podía considerarlos como modelos a seguir. Hasta los cuatro años mi educación corrió casi exclusivamente a cargo de ella, y me resultaba imposible traicionarla. Aunque me agradaran las ideas de otras personas, y aunque a veces tratara de imitarlas, no dejaba de tener presente que mi fe estaba en las enseñanzas de la abuela. Mis desobediencias, mis rebeliones y mis caprichos no eran más que actuaciones que me esforzaba por representar delante de los extraños, meras herejías en contra de la verdad sabida. Pecar, como decía la abuela, era sinónimo de interpretar un papel que no era el mío, de comportarme ante los otros, por obstinación, inseguridad o cobardía, de modo diferente a como en realidad *sabía* que debía hacerlo. Desde este

punto de vista, la abuela había triunfado rotundamente: yo no podía librarme del peso de la división entre lo bueno y lo malo, lo que debe hacerse y lo que no; apenas, y con muchos esfuerzos, me atrevía de vez en cuando a optar por lo malo, lo prohibido, pero siempre con la inconformidad acallada de mi espíritu.

Hay quien dice que sólo aquellos que tienen una pronunciada tendencia a la personalidad múltiple o dividida se convierten en grandes actores. No creo que sea mi caso: me hice actriz como culminación de un proceso natural. Para mí era muy fácil camuflarme con una indumentaria, unos gestos y unas palabras que no me pertenecían; a fin de cuentas lo hacía todo el tiempo, inconscientemente, al encontrarme con otras personas. Ser otro, pero sin perder la noción de que, más adelante, podía regresar a mi auténtica personalidad. Son los esquizofrénicos quienes realizan esta función sin retornar jamás a su carácter inicial, acaso porque pierden esta idea de prelación o de anterioridad de un rostro sobre los otros. En cambio, los actores, por más que nos adentremos en un papel, por más que éste nos apasione e involucre, siempre seremos capaces de volver a nosotros mismos, de reconocernos como los iniciadores de esa red de personajes que nos envuelve y en apariencia nos aniquila.

La culpa es el único sentimiento, la única afección humana que es imposible actuar. Su función es recordarnos que no somos lo que aparentamos. Shakespeare lo sabía muy bien y por eso tuvo que representar la horrible culpa de Macbeth dentro del sueño: de otro modo el observador no la vería, no sería capaz de imaginarla. La culpa es inimitable y al ser representada parece inevitablemente falsa. Con un buen actor o una buena actriz, la gente deja de decir éste es fulano representando a Otelo y en verdad, por un instante mágico, piensa que ése es Otelo, el único, el verdadero, que aparece por el poder y la inteligencia de un

hombre. En cambio, si oye o mira a alguien actuando la culpa, nunca se deja convencer por la representación, la farsa, el engaño al que lo somete el actor o la actriz. Yo lo intenté muchas veces: inventar la culpa, sentir su peso, transformarla en movimientos, frases y guiños, obsequiarla a quienes me miraban, pero nunca apareció, siquiera remotamente, la sombra que mi abuela me inculcó y de la cual quise valerme en escena. La tristeza y la alegría, el dolor y el miedo, incluso el amor y el placer, al ser actuados remiten a sus contrapartes reales; la culpa, jamás.

No deja de parecer curiosa esta extraña vinculación proveniente de los abismos de mi niñez: culpa y actuación inseparablemente unidas, como si el gran reto de mi vida fuese asimilarlas, volverlas una sola. La hazaña deseada por todo actor o actriz y especialmente por mí: volver verosímil —por vivida— la actuación de la culpa y de este modo librarme de ella, exorcizarla subiéndola al escenario.

Mi madre nunca aceptó mis deseos de convertirme en actriz, nunca comprendió, quizá porque no tuvo el tiempo de conocerme suficientemente —y éste no es un reproche—, que yo podía decidir algo sin la intención expresa de lastimarla. Ella nunca hubiese podido imaginar que, en gran medida, había sido mi abuela —su propia madre— la responsable de mi decisión. Yo misma no me di cuenta de ello hasta mucho después, cuando ya me dedicaba profesionalmente al teatro.

Ésta es otra de las sorpresas de la vida: hará apenas unos cinco años yo estaba convencida, ante el éxito que suponían los inicios de mi carrera, de que por fin había logrado escapar de las tradiciones familiares, de la férrea moral de mi abuela y de la ambigua moral de mi madre —más rígida hacia mí justo porque ella no la llevaba a la práctica en su propia vida—, cuando ocurría exactamente lo contrario. De algún modo mi mente había echado hacia atrás mi educación tradicional, lo que me permitía hacer y

decir cosas que antes no hubiera imaginado, pero ello no suponía que no continuaran dominándome. Yo estaba segura de que me había despojado de las ideas y actitudes de mi madre y de mi abuela, sentía un alivio inmoderado al contradecirlas o al comportarme en contra de lo que ellas querían para mí, disfrutaba de repente de una libertad absoluta e inmerecida, pero en el fondo —eso lo veo hasta hoy— esa liberación dependía de los propios prejuicios que buscaba romper. Era una libertad condicionada, un escape ilusorio, más que el producto de una decisión o un anhelo naturales.

Aún recuerdo los inicios de mi rebelión. Imprevistamente, cuando cumplí quince años, mi madre y mi abuela se pusieron de acuerdo para enviarme dos meses de vacaciones con unos tíos que vivían desde hacía varios años en California. Para mí la experiencia era nueva por entero, nunca había salido del país, a mis parientes apenas los recordaba y en realidad nunca había estado tanto tiempo lejos de mi casa. No sé hasta dónde ellas imaginaban los peligros de la vida norteamericana, hasta dónde confiaban ciegamente en el tío prófugo, su esposa colombiana y sus hijos, o si, por el contrario, estando ellas lejos, confiaban en que mi aprendizaje lo llevaran a cabo, al menos, personas conocidas. Llegué a un país extraño, sin hablar una palabra de inglés, y de inmediato me enfrenté a modos de ser no sólo diferentes sino opuestos a los que me habían enseñado. Pronto mis tíos se desentendieron de mí y me dejaron en manos de mis primos —tres muchachos de veinte, catorce y doce años—, sin preocuparse en absoluto de vigilarme. A las dos semanas nos dejaron ir a los cuatro solos a un campamento con la única advertencia de “cuidar bien a la niña”.

Desde el principio me gustó Micky, el mayor, y quizá por eso él me detestaba tanto. Se burlaba de mí, me trataba como si tuviera cuatro años, me imitaba y decía cosas en in-

glés que hacían reír a los otros y que yo no alcanzaba a entender. Sin embargo, durante el campamento su actitud cambió completamente; mientras John y Tomás jugaban entre ellos y se perseguían en el bosque, Micky se quedaba a conversar conmigo hasta que por fin un día se atrevió a besarme. Después, casi sin darme cuenta, sin considerar las repercusiones, como si fuera otra de sus bromas, me llevó cerca de un riachuelo, me desnudó y me hizo el amor. Fue como un trance, un conjunto de emociones demasiado fuertes para que yo pudiera analizarlas. Por primera vez había dejado de oír la voz de la abuela adentro de mi cabeza —no lo hagas—, aunque fuese sólo por unas cuantas horas. No recuerdo si me gustó o me dolió o qué, regresamos a las tiendas de campaña como si nada, continuamos hablando y esperamos a que los niños se reunieran con nosotros.

Por la noche, antes de dormir —estaba cansada como nunca—, entreví mejor lo que había ocurrido. Mi abuela y mi madre, aunque veladamente, siempre me habían hablado de eso, el peor de los riesgos para una mujer, una mancha que no se puede lavar jamás. Incluso creo que, en el fondo, todas sus recomendaciones se reducían a advertirme contra esta vergüenza que ahora había caído sobre mí como dentro de un sueño. Ya no era virgen y el daño —lo temía, lo sabía— era irreparable. Pero lo que más me consternaba es que no me sentía mal, la culpa se hallaba muy atrás, parapetada, oculta, y lo único que afloraba entonces era una emoción absurda, un orgullo inmaduro y un miedo implacable (quizá lo más grave es que tampoco me sentía enamorada, ni siquiera más ligada a ese pequeño inexperto que era mi primo). ¿Qué había pasado conmigo? ¿Seguía siendo la misma a pesar de que mis actos y mis pensamientos habían traicionado mi pasado, mi modo de ser, mis valores? No dejaba de ser una niña, inocente a pesar de las circunstancias, y me sentía feliz y triste a la vez.

¿Dónde comienza la culpa? ¿Es que este inicio, idéntico para cientos de niñas, fue su causa? Sería demasiado fácil verlo así; lo que importa es el mecanismo que la crea, la contradicción entre lo que se hace y lo que se piensa. Alguna vez me lo dijo la abuela: si tú crees de corazón que es un pecado pisar las líneas del asfalto porque forman cruces semejantes a las de Nuestro Señor, y las pisas a propósito, en verdad estás cometiendo un gran pecado, no importa que tu conducta les parezca inocente a los demás.

Así nace la actuación: el que pisa las cruces de modo voluntario, contrariando sus principios, está actuando; desafía sus convicciones, se apodera de actos ajenos, se desdobra. Y la culpa surge entonces como la memoria que nos indica la falsedad de nuestra conducta, su imposible conciliación con nosotros. Por eso hacer el amor con Micky me pareció inocuo, algo que no me estaba pasando a mí, y por eso tardé tanto en sentirme mal: estaba actuando, mi cuerpo y una parte de mi mente estaban con él, pero no mi alma, no mi conciencia. Estaba ahí, desnuda, llena con su cuerpo, pero me veía ausente, como si me contemplase desde arriba, a salvo. La culpa me hacía comprender la mentira. Podía desoír las prohibiciones, pero nunca al grado de olvidarlas, nunca al grado de aceptar la desobediencia como mía.

Me fue muy difícil adaptarme de nuevo a la vida en México. Al principio nada parecía haber cambiado, como si las vacaciones con mis tíos de California no hubieran sido más que un intermedio sin importancia, pero pronto una crisis de conciencia, aunada a mi ingreso a la preparatoria, me hizo enfrentarme de modo directo a las convenciones de mi casa. Ahora buscaba desafiar cualquier tradición, lanzarme a actuar en el mundo, fuera de mí, convertirme en otra, con otros gustos, otras manías, con sueños y deseos contrarios a los que me habían inculcado. No iba a convertirme en secretaria, como hubiese pensado mi abuela, ni en

profesionista, como hubiese preferido mi madre, sino en otra, múltiple, diferente, siempre cambiante, siempre lejos de mí misma: en actriz.

Abandoné la preparatoria en el tercer semestre y me inscribí en una escuela de teatro. Ahí estaba la vida. Dejé de ver a mi familia, de llegar temprano, a veces no regresaba a dormir. Había entrado en un ambiente de fiestas, droga, sexo indiscriminado, arte. Arte. Por primera vez me di cuenta de que estudiar actuación era eso; jamás fue una de mis motivaciones originales y de pronto aparecía como la justificación de mis revueltas. A reacción, me inventé una nueva personalidad cuyo mayor triunfo era hacer a un lado la previa: una máscara perfecta, adherida a mi piel de tal modo que resultaba imposible despegarla del rostro oculto detrás.

Me convertí en una buena actriz, o al menos así pensaba en esos días en los cuales los diversos papeles desfilaban como nuevos y enriquecedores disfraces. Las palabras que repetía en el escenario salían naturalmente de mi garganta, como si a mí se me hubiesen ocurrido, como reacciones espontáneas a conflictos reales, trasplantados a mi cuerpo durante algunos minutos. Ya no deseaba otra cosa: actuar era mi única voluntad: encarnar diversos nombres y distintos cuerpos, llenarme de amor u odio ficticios hasta volverlos reales, atragantarme con decenas de emociones ajenas, falsas, necesarias. Literalmente mi vida era la actuación, un despliegue histriónico que se extendía a todos los rincones de mi comportamiento y me abarcaba en todas mis facetas. No pasaba de la ficción a la verdad: la ficción se había transformado en mi única verdad. ¿Qué diferencia podía hallar entre mis pasiones dentro y fuera del escenario, entre el dolor producido por la muerte de mi abuela o el deceso de un amante novelesco, entre el miedo a la soledad y el aislamiento de Ofelia? Para entonces la sensación de estar equivocada, de mantenerme en la